

hasta aquel momento. Entonces concibió la idea de escribirla; su hermano le animó á hacerlo habiendo aprobado el primer ensayo que aquél le enseñó, si bien aconsejándole que lo redujera. Su hermano también fué quien tomó á su cuidado el hacerlo imprimir en San Petersburgo (1811), incluyendo en el mismo volumen el *Viaje*: con todo, *Leproso* y *Viaje* no fueron conocidos en Francia hasta 1817 y quizá hasta más tarde.

Es, pues, verdadera la historia del *Leproso*, como también lo es la de la *Joven Siberiana*, que el autor había sabido de labios de la misma heroína, y como lo son y lo habrían sido en general todos los relatos del conde Javier, si los hubiese multiplicado. De este modo le he oído referir á él personalmente la conmovedora historia de un oficial francés, emigrado en la isla de Wight, que no se ha decidido á escribir todavía.

Si pertenece á Francia por el lenguaje, puede decirse que tiene también mucho de Italia por su manera de narrar. Todo es *de verdad* en él; nada de la novela; lo que hace es copiar con un exacto parecido la realidad en la delicadeza del rasgo, y en ese tono especial, profundamente piadoso y humano, que se esparce dulcemente en todo lo que lleva escrito. En Francia, tenemos muy es-

caso número de tales *narradores* y autores de *historias (nouvelles)* propiamente dichas, sin tinte romántico y sin fantasía. Nadie se imaginará sin duda que yo vaya á comparar á Mr. Javier de Maistre con Mr. Merimée: sin embargo, ambos son los dos más perfectos que tengamos, los dos más hábiles, el uno por copiar lo verdadero, el otro por simularlo ó figurarlo. El autor del *Leproso*, de la *Joven Siberiana* y de los *Prisioneros del Cáucaso* tiene sin duda mucho menos color, relieve y buril, mucho menos arte, en una palabra, que el autor de la *Toma de un Reducto* ó de *Mateo Falcone*; pero es igualmente perfecto en su género y, sobre todo, tiene la gran nota de lo ingenio y humano.

Ese pobre leproso de quien nos habla de Maistre, vivía en Oneglia antes de ser conducido á Aosta. Cuando los franceses, después de haber tomado la Saboya y el condado de Niza, hicieron una excursión hasta Oneglia donde se encontraba aquel desgraciado, éste, á su vista, se espantó y se creyó en grave peligro; como los demás habitantes, tuvo la pretensión de emigrar. Un día llegó á pie delante de Turín: el centinela detúvole en la puerta, y, al fijarse en su cara, hiciéronle conducir entre dos soldados á presencia del go-

bernador, quien le envió al hospital : allí se tomó la resolución de dirigirle á la ciudad de Aosta, donde quedó instalado por orden gubernativa. Allí fué donde Mr. de Maistre le veía con frecuencia. El bueno del leproso tenía, como puede creerse, un círculo muy reducido de ideas ; al atribuirle todas aquellas que se derivan de la misma situación en que se encontraba, el historiador no ha querido realmente cargar, como suele decirse, la nota. Su habitación estaba perfectamente aislada : un joven oficial (quizá el mismo de la señora de Hautcastel) daba voluntariamente entonces, á la dama de sus pensamientos, citas de amor en ese jardín poblado de rosas que los lectores conocen ; los dos amantes estaban seguros de que nadie había de turbarles. Dos enamorados realizando sus venturosos encuentros á la sombra de esos contagiados ojaranzos del leproso... ¿no es esto, en verdad, conmovedor? La extrema felicidad, separada apenas de la extrema desesperación por una hoja que se mueve... ¿no es esto el trasunto de la vida?

Se lee, se vuelve á leer el *Leproso*, pero no se le analiza ; se vierte una lágrima, pero no se razona. No todo el mundo, sin embargo, ha pensado de la misma manera : ha habido quien ha

probado de rehacer el *Leproso*. El conde Javier era tan poco conocido en Francia, aun después de esta publicación, que muchos lo atribuyeron á su hermano José, y como éste acababa de morir, una escritora de ingenio se creyó en toda libertad para retocar el opúsculo á su guisa. Tengo á la vista el *Leproso de la ciudad de Aosta*, por José de Maistre, nueva edición, revisada, corregida y aumentada por la señora O. C. ¹. « La lectura del *Leproso* me había conmovido, dice la señora Olimpia Cottú en su prefacio ; hablé de ello á un amigo á quien por larga y dulce costumbre suelo confiar todas mis emociones, y le excité á que leyese el libro. No quedó tan satisfecho de él como yo : el árido y á veces rebelde dolor del leproso, le parecía, dijo, *como otra lepra que secaba su alma* ; ese infortunado (añadía), rebelado contra la suerte, apenas si ofrecía al espíritu más que la idea del sufrimiento físico, y no podía excitar sino la especie de compasión vulgar que es propia de todos los achaques y enfermedades que á la humanidad aquejan. Él habría deseado ver esa compasión ennoblecida por un sentimiento más dulce y más elevado, y la resignación cristiana del leproso le

1. París, Gosselin, 1824, in-8°.

hubiera enternecido mil veces más que su desesperación. » Ese discurso en boca del amigo cobrará valor y su observación se hará más curiosa, si se cree reconocer tras de sus palabras á un escritor ilustre por sus obras y á quien por costumbre se ha dado en considerar durante mucho tiempo como el émulo y casi el igual del conde José, más bien que como el crítico y corrector del conde Javier¹. Como quiera que sea, la verdad es que era demostrar un espíritu bien sutil ó bien inquieto eso de ver en la sencilla historia de ese buen leproso, al lado de pasajes reconocidos por realmente conmovedores, *muchos otros en que respira una suerte de acritud salvaje* : esto, en mi sentir, es exagerado. Aunque puedan parecer algo delicados, algo elevados ciertos rasgos á la obra añadidos, la sola idea de agregar algo al original resulta de suyo poco afortunada. Todo lo que se ha introducido en esa edición del *Leproso* perfeccionado, figura comprendido, á manera de indicación, entre *corchetes*, absolutamente como en las historias del excelente Tillemont, quien teme todo lo contrario, es decir, que se confunda algo de lo suyo (el escrupuloso verídico) con la pureza de

1. Mr. de Lamennais.

los textos originales. Ahora bien : en el delicioso relato que así se echa á perder, imagínese cómo el interés de la emoción circula fácilmente á través de esos inacabables corchetes. Si yo fuese profesor de retórica, al hablar de las *narraciones*, querría comparar, confrontar página con página, las dos versiones del *Leproso*, y demostrar casi cada vez la inferioridad de la agudeza rebuscada y del razonamiento forzado, que no viene sino á recargar lo ingenuo y sencillo del libro. Los autores del *Leproso* corregido han desconocido una de las más preciosas cualidades del relato original, consistente en la ausencia de toda reflexión vulgar ó presuntuosa. Quizá, en el primitivo original, se había deslizado alguna reflexión superflua en aquella parte que el conde José aconsejó á su hermano que redujera, é hizo bien. ¿Qué necesidad había de poner cierta clase de razonamientos en boca del humilde paciente? ¿Por qué hacerle decir en términos de antemano preparados, como á modo de enseñanza para el lector? : « Todo el secreto de mi paciencia está en este único pensamiento : *Dios lo quiere*. De este punto obscuro é imperceptible en que me ha colocado, yo concurro á su gloria, *puesto que está en su orden que permanezca en él*. ¡Cuán dulce es esta reflexión!

ella obra sobre mí con tanto imperio, que estoy tentado de creer que este *amor del orden* forma parte de nuestra esencia... » Poco faltó, si el amigo llega á mezclarse un poco más en la cuestión, para que el *Leproso* se convirtiera en un *Vicario saboyano* católico, y no menos elocuente que el otro. ¡Ah! dejad, dejad al lector que haga por sí las deducciones que se desprenden de la sencilla historia; él sacará la moralidad, sin necesidad de nadie, y más seguramente, si no se la presentan de antemano anunciada; dejadle que se diga á sí mismo á media voz que ese leproso, en su resignación, tan caramente pagada, es quizá más realmente feliz que muchos venturosos de la tierra; pero á lo menos que todo esto resalte por una persuasión insensible... Haced, con el narrador fiel, que ese humilde desventurado nos conmueva y nos eleve con su ejemplo, sin darse demasiado cuenta de ello á sí mismo ni por el efecto que pueda producir en nosotros.

: En aquel punto del diálogo: « ¡Qué! ¿Hasta el sueño os abandona? » el leproso, en el libro original del conde Javier de Maistre, exclama con gran naturalidad: « ¡Ah, señor! ¡Los insomnios, los insomnios! No podéis figuraros cuán larga y triste es una noche, etc... » En vez de ese grito

de la naturaleza, la versión corregida le hace decir: « Sí, yo paso muchas noches sin pegar el ojo y sumido en violentas agitaciones. Sufro mucho entonces; pero la bondad divina está en todas partes... » Sigue una larga página de análisis que termina con una visión.

Mr. de Feletz, en los *Debates*, se chanceó con mucha finura de semejante retoque en sazón oportuna¹; entre otras adiciones que en él notaba, hablaba de una cierta claridad de luna introducida en el momento de la muerte de la hermana, y en la cual el astro de la noche, iluminando una naturaleza inmóvil, era comparado al *extinguido sol*. No habría yo insistido tanto acerca de ese singular y pobre ensayo si en él no encontrásemos una lección directa de buen gusto que poder sacar, si en él no se hallaran sobre todo la marca reconocida de una superior enseñanza y rasgos tan notables en cualquiera otra parte como éste: « En cuanto á la vida, desierta por decirlo así, á que estoy condenado, ella transcurre mucho más rápidamente de lo que pudiera imaginarse, y esto es ya considerable, continuó el leproso exhalando un ligero suspiro, pues yo soy de los

1. Véase tomo VI de sus *Misceláneas*.

que no viajan sino por el placer de llegar pronto al punto de su destino. Mi vida es sin variedad, mis días carecen de matices; y esta monotonía hace parecer corto el tiempo, al igual que la desnudez y crudeza de un terreno le hace aparecer con una extensión más limitada. »

El sencillo y dulce *Leproso* abrióse camino en el mundo sin tantos rodeos y sin que nadie le pidiera más de lo que naturalmente había dado; se conquistó en seguida un sitio en todos los corazones, y procuró á cada uno de los que le leyeron una de esas puras emociones que se confunden casi con la plegaria, una de esos raros momentos que se bastan á sí solos para bendecir toda una jornada. Literariamente se podría casi afirmar que hizo escuela: citárase toda una serie de novelistas (de la cual el *Mutilado*, creo, es la última) en que el interés se desprende de una aflicción física contrastando con los sentimientos del alma: pero todo esto son novelas, y el *Leproso* ya he dicho que no lo es. En esta posteridad, más ó menos directa, yo me permito por varios conceptos colocar y distinguir á la muy sensible *Ourika*, en quien la lepra no figura á lo menos más que en ese color fatal del que dimanan todas sus desgracias. Entre los antepasados del *Leproso*,

retrocediendo hacia la edad media, no recordaré sino el conmovedor *fablián*¹ alemán del *Pobre Enrique*, nombre de un noble caballero atacado repentinamente de lepra. El más sabio de los médicos de Salerno dícele que no podría curarse más que con la sangre libremente ofrecida de una virgen, y el amor se encarga de hacérsela encontrar².

Algo más extensas que el *Leproso*, y excelentes también á su manera, las dos otras anécdotas (los *Prisioneros del Cáucaso* y la *Joven Siberiana*), fueron escritas hacia 1820 á petición de algunos amigos y en provecho de una próxima parienta del autor, á quien éste había prometido la propiedad. Los dos relatos le fueron entregados para ser publicados en París. La perfección de los dos nuevos opúsculos prueba que en el autor lo feliz del relato no era un accidente sino un don, y cuánto hubiera podido aplicarlo diversamente si él hubiese querido. La *Joven Siberiana* es sobre todo deliciosa por un verdadero sentimiento patético, seguido, profundo de origen, moderado de

1. Especie de cuento en verso muy en voga en los primeros tiempos de la poesía francesa, allá por los siglos XII y XIII. (*N. del T.*)

2. Merece leerse esta historia, traducida por Mr. Buchón y publicada en el *Almacén pintoresco* (septiembre de 1836).

tono, entremezclado de una observación fina y suavemente maliciosa de la naturaleza humana, que el sobrio autor desliza aunque sea á través de una lágrima. Aquí también ha surgido un punto de comparación, una nueva ocasión de triunfo le ha sido disputada, y, me es muy sensible tener que decirlo, esta vez aún la causa ha nacido en el otro campo, es decir, en el otro sexo. Madame Cottín, en *Isabel ó los Desterrados de Siberia*, ha compuesto una novela de lo mismo que Mr. de Maistre había sencillamente relatado. En el libro de dicha escritora, la heroína es una joven soñadora, sentimental, *la hija del desterrado de la cabaña del lago*; esa joven tiene un noble y gentil amante, el joven Smoloff; él es á quien desearía tener ella por guía en su peregrinación, pero se juzga más conveniente concederle para el caso un misionero; al fin concluye por casarse con su amante. La sencilla, la real, la piadosa y valiente Prascovia del conde Javier de Maistre sucumbe por completo en ese sentimentalismo de madame Cottín, más aún que el leproso de hace un momento en el espiritualismo de madame Cottú. Es el caso de decir con la misma Prascovia, cuando, después de su inesperado triunfo, conducida un día al palacio de la *Ermita* y viendo

un gran cuadro en que Sileno figura sostenido por varias bacantes, exclama sorprendida en su recto buen sentido: « Así, pues ¿todo esto no es verdad? Ahí veo hombres con pies de cabra. ¡*Qué locura, pintar cosas que jamás han existido, como si faltaran las verdaderas!* » Pero para presentar esas cosas verdaderas, como lo ha hecho Mr. de Maistre en su relato; para no seguir de esa verdad un lado solamente, el de la ferviente fe que se confía y del heroísmo ingenuo que se ignora; para añadir á ella, de paso y sin tocar en lo absurdo, algunos rasgos más amenos ó también la presencia de la naturaleza maligna y de las pequeñeces del alma humana; para no olvidar nada, para fundirlo todo, para ofrecerlo todo en una emoción bienhechora... es necesario un talento muy especial, un arte tanto más exquisito cuanto más oculto se muestra y del cual no se sabe en definitiva si, á su vez, él también se ignora á sí mismo.

Los *Prisioneros del Cáucaso*, por la singularidad de costumbres y caracteres tan vivamente retratados, parecen descubrir, en el talento del autor, gracioso y dulce de ordinario, una facultad de audacia que no retrocede en caso de necesidad ante ningún rasgo de la realidad y de la naturaleza, aun la más salvaje. Mr. de Merimée podría envi-

diar ese personaje de Iván, de ese bravo asistente del comandante, tan fiel y á la vez tan feroz, que tan diestramente asesta su formidable hachazo á quien le obstruye el paso, tarareando el aire ; *Ay luli ! ¡ Ay luli !*

Estos opúsculos habían sido enviados de Rusia por el autor¹; quien no tardó mucho en seguirlos para volver á disfrutar la vista de cielos desde hacía muchísimo tiempo abandonados. Mr. de Lamartine, en una de sus *Armonías*, ha celebrado con enternecimiento ese regreso de Mr. de Maistre, con quien, durante la ausencia, había contraído lazos de parentesco :

*Salut au nom des cieux, des monts et des rivages
Où s'écoulèrent tes beaux jours,
Voyageur fatigué qui reviens sur nos plages
Demander à tes champs leurs antiques ombrages,
A ton cœur ses premiers amours!
etc., etc.*

Digamos de paso que también Mr. de Maistre ha compuesto gran número de versos ; pero á pesar

1. Mr. Valery, que fué el primer editor de dichos trabajos, me transmite algunos detalles más particulares. Cuando el manuscrito llegó á París, fué comunicado por Mr. de Vignet á madame de Durás. Esa mujer, de tan raro ingenio, auguraba mal, hay que decirlo, de la publicación. Parecía, por ejemplo, que Prascovia, llegada á San Petersburgo, perdía mucho tiempo, que nada entendía de negocios ; sentía horror por ese hombre (Iván) que mata á una mujer, etc., etc. De esa misma opinión participaban algunas per-

de las insinuaciones que se le han hecho, el autor se ha resistido siempre á darlos á luz, alegando que el gusto y la moda habían cambiado. Ha traducido ó imitado en verso fábulas del poeta ruso Kriloff : una de estas imitaciones figure impresa en la antología rusa que ha publicado Mr. Dupré de Saint-Maur. Yo mismo tengo entre manos una oda manuscrita de Mr. de Maistre, que lleva la fecha de 1817 : en ella canta el poeta el sentimiento de no poder alcanzar á lo sublime y el dolor que se sigue de la lucha desigual que se entabla entre el hombre y el genio :

*Et glorieux encore d'un combat téméraire,
Je garde dans mes vers quelques traits de lumière
Du Dieu qui m'a vaincu¹.*

sonas de su intimidad. Mr. Valery, á quien había sido remitido el manuscrito, tenía una opinión distinta, y á esto es debido que se publicara aquella primera edición, á la que, en ausencia del autor, llevó todo su esmero. (Véase Mr. Patin, *Misceláneas literarias*.)

1. En estilo menos lírico escribía á un amigo, rebajando su propio mérito, aunque no sin malicia : « En la imposibilidad en que me hallo de comprender esta facultad (del poeta), y para no confesar esta superioridad en las otras, yo creo que los poetas tienen alguna cosa en la muñeca que va cambiando la prosa en verso á medida que pasa por allí para trasladarse de la cabeza al papel. Yo estaba tan persuadido de este sistema consolador para los prosaístas, que un día probé de hacer versos con la mano izquierda, en la esperanza de dar con el *quid* del mecanismo ; pero mi mano izquierda no consiguió más que la derecha, y entonces me convencí para siempre de que no sirvo para el oficio. Y digo aún más : que ese éxito frustrado me dejó alguna duda acerca de la existencia real del sistema. »

Ha escrito también algunos epigramas de grandísimo ingenio. Algunos de sus amigos poseen la copia de su *epitafio*, que es en cierto modo una reminiscencia de aquel otro tan conocido de La Fontaine. Pero bastará que incluyamos aquí su preciosa composición de la *Mariposa*, la cual, tanto por la gracia con que está escrita como por la emoción que provoca, no desluzca en ningún modo el recuerdo de sus demás escritos. Un prisionero le había contado que una mariposa se había introducido cierto día en su calabozo, en Siberia: éste es el origen de la composición.

LE PAPILLON.

*Colon de la plaine éthérée,
Aimable et brillant papillon,
Comment de cet affreux donjon
As-tu su découvrir l'entrée?
etc., etc.¹*

Ahora, en camino para Rusia, adonde sus asuntos vuelven á llamarle y adonde le acompañan nuestros votos, Mr. de Maistre ha dejado aquí,

1. Esta hermosa composición ha sido traducida en ruso y luego vuelta á traducir de esta lengua en versos franceses por uno de nuestros secretarios de embajada que ignoraba su primitivo origen. Esa misma aventura ha ocurrido á Millevoye con su *Caida de las Hojas*.

de paso, preciosos y perdurables recuerdos en todos aquellos que han tenido la fortuna de acercarse. Escuchando sus juicios delicados é ingenuos siéntese verdadero placer y se saca positivo provecho. Ha leído poco á nuestros autores modernos; al llegar á París, apenas los conocía más que de nombre, aun aquellos, muy contados, que podrían merecer sus simpatías. Recorriendo las obras que están en voga, desde luego se ha como asustado, y se ha preguntado si nuestro idioma había cambiado durante el largo espacio de tiempo que él había vivido en el extranjero: « Con todo, lo que me tranquiliza un poco, añadía, es que si el modo de escribir es muy distinto, la mayor parte de las personas que encuentro continúan hablando aún la misma lengua que yo. » Asistiendo á alguna sesión de nuestras Cámaras, se ha visto desorientado ante tal flujo de palabras: al salir del silencio de las *villas* y de la calma de las monarquías absolutas, no acertaba á comprender la utilidad de todo ese ruido, y trabajo habría costado, lo confieso, el demostrársela por el momento. Lo cierto es también que su presencia había coincidido con un cuarto de hora en modo alguno favorable para la forma representativa: ¿por qué no escogía un momento más oportuno? La Cámara

de los diputados, cada vez que se presentaba ante sus ojos, le recordaba involuntariamente el Vesuvio; así decía él. Sí, es cierto, á lo menos en cuanto á la humareda, ya que no en cuanto al peligro de la explosión; pero él, Mr. de Maistre, llegaba á creer hasta en este peligro. Tampoco simpatizaba mucho con el *muelle de Voltaire* (aversión de familia), y cuando pasaba por él, lo hacía lo más rápidamente posible, bajando la cabeza (así decía él mismo) y desviando los ojos del lado del Sena. Como puede pensarse, es gran admirador de las obras de su ilustre hermano, y con la mayor tolerancia, sin sombra de dogmatismo, parece adoptarlas con toda naturalidad, como si con ello obedeciera á un orden de ideas el más sencillo del mundo. En su concepto, el libro más hermoso que ha escrito el conde José es el de la *Iglesia galicana*. Lo que más demostraba desear, echándolo muy de menos en nuestros grandes literatos, es la unidad en la vida. Esta virtud, él la posee y forma el carácter de su existencia: sencillez, pureza, modestia, honradez... ¡precioso ejemplo de las antiguas costumbres, conservadas hasta el fin en un ingenio gracioso y un alma sensible! Gustábale mucho hablar con elogio de cierto escritor ginebrino, muy

espiritual, que tiene algo de su escuela por el género de emoción y por su *humorismo*. Cuando le preguntaban si le quedaba algún nuevo opúsculo en cartera, contestaba siempre designando el *Presbiterio*, la *Herencia*, la *Biblioteca de mi tío*, la *Travesía*, el *Lago de Gers*, en suma, una colección escogida de los mejores escritos de Mr. Topffer, y manifestando grandes deseos por que se dieran á conocer todas esas obras en Francia. Desde luego, decía, podría contarse con el asentimiento del autor para expurgar de ellas algún que otro defecto de dicción y de tono general que contienen. Si ese pequeño arreglo amistoso se realiza pronto, á él, á Mr. de Maistre lo deberemos.

Al mismo tiempo que el conde Javier se ha ofrecido ante nosotros como uno de esos hombres cuyo hallazgo consuela de no pocas decepciones que se experimentan en literatura y reconcilia dulcemente con la naturaleza humana, existe, además, en la publicidad insensible pero creciente que obtienen sus obras, un movimiento notable que puede aún, al parecer, volver las cosas del lado del buen gusto. Ciertamente que sus libros han sido poco anunciados, que se le ha elogiado poco en los periódicos; en una palabra, que ninguno de los grandes medios hoy día en uso

ha sido empleado en su favor para impulsar el merecido éxito... Pues, bien : á pesar de todo, del 14 de diciembre último hasta el 19 de abril siguiente, es decir, en cuatro meses (¡y qué meses de penuria, de angustia, como se sabe, para la librería!) han sido vendidos mil novecientos cuarenta y ocho ejemplares de sus obras. La cifra es auténtica, y la doy aquí como dato consolador. Hay que convenir, pues, en que el culto hacia lo sencillez y tierno se conserva todavía y sabe, sin ruido, reunir á sus fieles partidarios.

SAINTE-BEUVE.

Mayo de 1839.

— El conde Javier de Maistre murió en San Petersburgo el día 12 de junio de 1852, á la edad de cerca de ochenta y nueve años.

— La *Biblioteca Universal de Ginebra* publicó, en fecha de 22 de octubre de 1841, una pequeña memoria de Mr. de Maistre intitulada : *Método para observar las manchas que puede uno tener en el cristalino*. Pero en ese viaje al rededor de la cámara... del ojo, nada hay de carácter literario : no es más que una observación física minuciosa que no carece de ingenio.

— La *Correspondencia diplomática* de José de Maistre, publicada por Mr. Albert Blanc (2 vol., 1861) contiene algunos datos interesantes relativos al conde Javier (especialmente en el tomo I,

pág. 1, 57 y 296.) En esta última página figura una carta del mismo fechada en Vilna en 21 de diciembre de 1812. El conde Javier formaba á la sazón parte del ejército ruso, y en esa carta refiere los sucesos todos de que fué testigo ocular desde Moscou hasta la frontera, los horrores de ese camino sembrado de cadáveres, parecido, según su propia expresión, « á un campo de batalla no interrumpido ». Ese documento, salido de una pluma « extraña remotamente á toda exageración », es un testimonio de más que debe añadirse á tantos otros acerca de esa espantosa retirada de 1812.